

Introducción

En libros, periódicos, revistas, radios, televisiones, redes, foros... se repite el tópico, en realidad ya muy desgastado, de la incompatibilidad entre ciencia y fe, entre razón y fe, entre saber y creer. Aunque existen antiguos precedentes de esa actitud, se generaliza en el XVIII, el XIX y el XX, y hasta hoy mismo se puede ver sobre todo en los comentarios a bote pronto y en la divulgación de una quizá inconsciente ignorancia.

¿Qué supondría esa incompatibilidad?
¿Que creer en Dios sería un obstáculo para llevar a cabo una ciencia válida?

Los hechos dicen algo muy diverso. Desde el inicio de la revolución de las ciencias, en los siglos XVI y XVII, en Europa, la casi totalidad de los científicos eran cristianos: Copérnico, Galileo, Kepler, Brahe, Descartes, Pascal, Fermat, Ampere, Bernoulli, Newton, Leibniz, Boyle, Linneo, hasta el siglo XIX. En el siglo XIX, cuando ya algunos se declaran ateos, como Laplace, la mayoría es creyente, como Priestley, Faraday, Babbage, Maxwell, Mendel, Pasteur, Euler, Herschel, Quetelet, Volta...

En el siglo XX, el primero que habló del big-bang fue un sacerdote, George Lemaître;

y, además, entre otros muchos, eran cristianos Lord Kelvin, George Cantor, Victor Fleming. Kurt Gödel, que revolucionó la lógica matemática, se consideraba, en religión "más cerca de Leibniz que de Spinoza". Einstein tenía su peculiar religiosidad, pero declaró más de una vez: "yo no soy ateo". En un sentido semejante Max Planck, Paul Dirac, Arthur Eddington, Guglielmo Marconi, Robert Millikan, Erwin Schrödinger, Richard Smalley, Joseph Thompson, Carl von Weizsäcker. Werner Heisenberg mantuvo una actitud abierta hacia lo espiritual. Otros premios Nobel de Física han declarado que su ciencia no se opone a la religión; por ejemplo, William D. Phillips, Charles H. Townes, Carlo Rubbia, Arno A. Penza, Arthur H. Compton, Arthur L. Schawlow, además de John C. Polkinghorne y Arthur Peacocke, científicos y sacerdotes anglicanos y Francis Collins, católico y uno de los descifradores del genoma humano.

Esa presunta incompatibilidad casa mal con el clima general de esta época, al menos en Occidente, con la llamada posmodernidad, que, en filosofía, ha sido ya superada, pero queda en el *mainstream*. La posmodernidad ha consagrado una expresión contradictoria, *anything goes*, "todo vale". Porque si es verdad que "todo vale", será verdad que en ese "todo" se incluye "no todo vale". En cualquier caso, si "todo vale", junto a la paradójica "creencia"

de que ciencia y fe son incompatibles; estará también la decisión de olvidar anacronismos de incompatibilidades e *investigar qué es la creencia. Y en esa investigación se descubrirán razones de su inevitabilidad.*

Todo en una dos frases: la fe, en su sentido más amplio, es una dimensión inevitable del ser humano. Vivir es creer.

Primera parte. Creer, opinar, dudar, saber, querer

*"Cada día sabemos más y
entendemos menos".
Albert Einstein*

1. La etimología ayuda

Creer viene del latino *crédere* y así se conserva en italiano. En francés es *croire* y en portugués *crer*. Es una derivación de la básica lengua indo-europea que tiene un testimonio en el sánscrito: *çrad-dhâ*, en esa lengua, es *fe*; y la raíz *dhâ* tiene el sentido de *poner, colocar*. Creer es establecer, asegurar, mantener, fundar, erigir, construir.

El inglés *to believe* proviene del antiguo inglés *beliefan*, emparentado con el proto germánico *bilubijana*, con el sentido de "fe", "confianza", pero también el de "ser querido por". En alemán *glauben* para "creer" y *liebe*, para "amar". Estas escuetas anotaciones etimológicas dan ya una primera pista: la cercanía entre, en inglés, *to believe* y *to love*; y en alemán entre *glauben* y *liebe*. Y una anticipada conclusión, difícil de rebatir:

que amar a alguien es, entre otros matices, creer en ella, creer en él.

La conclusión se puede escribir de otra forma: *no se cree primeramente en algo si antes no se cree en alguien*. Porque creemos en alguien creemos en algo que está relacionado con ese alguien. Cuando decimos que no creemos en nadie creemos en nosotros mismos, cada uno a su particular modo. El creer "solo en nosotros mismos" se puede llamar de otra manera: egoísmo. Cosa muy distinta es creer en nosotros mismos como una dimensión del amor propio en el buen sentido, que capacita para emprender, para atreverse y para creer en los demás. Todas las personas que en la historia humana ha realizado algo valioso tuvieron que creer, antes, en sí mismas, para afrontar las previsible dificultades y los inevitables obstáculos.

2. Creer y opinar

En el lenguaje ordinario *creerse* se usa, entre otros, en dos sentidos radicalmente distintos, incluso contrapuestos. "–¿Ha llegado Emilio? –Creo que sí" (pero podría ser que no). Eso expresa cierta inseguridad basada en la ausencia de datos suficientes. También puede ser una expresión vehículo para el disimulo,

para no querer comprometerse (“Al menos, es lo que yo creo...”) En cambio, cuando alguien dice a alguien “creo en ti”, la expresión indica seguridad y firmeza.

En francés y en italiano también se da esa “confusión” (*je crois que oui, credo di si*). En inglés se diría *I think so*, así lo pienso, donde “I think” es menos fuerte que “I believe”. Aunque, como se verá, hay distintos tipos de creencias, se da también “creer” en sentido fuerte, no en el debilitado de “opinar”, “tener la impresión”, “imaginar que...” o creerse cualquier cosa, sin más, que eso es la credulidad.

Opinión también puede decirse en varios sentidos, pero el más usual es el de una afirmación más subjetiva que objetiva, derivada del modo muy distinto con el que distintas personas ven las mismas cosas, hechos o situaciones: “esa es mi opinión, tú tendrás la tuya”. En periodismo se dice que “los hechos son sagrados; las opiniones, libres”. Pero eso significa que, ante un hecho claro y definido, la opinión sobre él que no sea “remacharlo” carece de sentido. Si está lloviendo, la opinión “opino que no llueve” no es una opinión sino expresión de un extravagante decisión.

El ámbito de las opiniones es, por eso, el de hechos y situaciones que no están

claramente establecidos, lo que suele ocurrir en las interpretaciones históricas de hechos y en las posiciones políticas. Pero incluso en esos casos hay hechos que no resultan ya opinables. Cuando le preguntaron a Clemenceau si los historiadores tendrían versiones muy diferentes sobre la Segunda Guerra Mundial, contestó: "pero me parece que no dirán que Bélgica invadió Alemania".

3. Creer y dudar

¿Se puede creer en alguien y dudar a la vez de él? Imaginemos que creo de verdad que A es mi amigo, como lo demuestra la antigüedad de la relación, las pruebas de fidelidad que nos hemos dado, los sentimientos de seguridad que me inspira... E imaginemos que me llega, por alguien fiable, en principio, que A ha comentado en algún sitio que está algo harto de mí. Mi creencia en A no desaparece de golpe pero en su interior se ha criado, como en una fruta atacada por un insecto, la larva de la duda. Si la duda persiste, la creencia deja de ser segura, pero eso no significa, sin embargo, que mi amor de amistad por A desaparezca: puede que sí, puede que no. Puedo acabar no creyendo en su afecto hacia mí, pero mantener mi afecto por él o por ella. Pese a lo que suele decirse,

el amor no necesita estricta correspondencia, aunque es más pleno cuando esta existe.

La creencia en sentido fuerte es la creencia "sin género de duda", pero las dudas siempre están al acecho.

Lo vemos en un tema clásico: "las dudas de fe (religiosa)". En la fe cristiana, por ejemplo. Se ha escrito mucho sobre eso: la dudas de fe no implican que la fe desaparezca. Dejando a un lado las implicaciones místicas ("la noche oscura del alma") no es infrecuente que una persona cristiana tenga dudas sobre tal o cual contenido de su fe dentro del conjunto de sus creencias. Por ejemplo, dudar de la bondad de Dios, a la vista de los males perennes y crueles que se dan entre los seres humanos.

Aquí es preciso distinguir una vez más entre "creer en algo" y "creer en alguien". Si se cree en Dios (el Alguien por antonomasia o, dicho mejor, el Amor en su infinita plenitud) no se puede dudar *de* Él. Se puede no entender sus designios ("inescrutables"), pero no dejar de creer que "Él sabe más". Santo Tomás de Aquino lo dejó dicho, no ya en una cuestión filosófica, sino en poesía, en el himno *Adoro te, devote*, con una bella aliteración de la uve: "credo quidquid dixit Dei Filius, nihil hoc **v**erbo **v**eritatis **v**erius", creo todo lo que dijo

el Hijo de Dios, nada más verdadero que esta palabra de verdad.

En un ejemplo de analogía: yo creo, y firmemente, en mi amistad con C, con independencia de que algunas cosas de C no me acaben de convencer (y a C le sucederá lo mismo conmigo). Puedo dudar, en algún momento, de que C sea capaz de hacer eso tan difícil por mí, pero esa duda no afecta en lo básico a mi amistad.

Es una analogía, porque los seres humanos somos imperfectos. Pero el creyente puede pensar a veces que no le gusta cómo Dios atiende a las cosas humanas y quejarse. Los Salmos están repletos de estas quejas, así como el enigmático y complejo Libro de Job. De santa Teresa de Jesús se cuenta que en una ocasión se quejó a Dios de lo mal que se lo hacía pasar. Y cuenta que oyó. "Así trato yo a mis amigos". Ella replicaría, con su bendita frescura: "Por eso tienes tan pocos".

Si "errar es humano", dudar lo será incluso más. Porque en muchos ámbitos nos manejamos más con dudas que con certezas. En cualquier caso, dudar es, en cierto modo vivir. Véase este espléndido texto de san Agustín, tomado del libro X del *De Trinitate*: "Si duda, vive; si duda, recuerda que duda; si duda, entiende que duda; si duda, quiere

estar cierto; si duda, piensa; si duda, sabe que no sabe; si duda, juzga que no debe dar ligeramente su consentimiento. Quien duda, pues, sea de lo que fuere, no puede dudar de todas estas cosas, las cuales, si faltasen, no sería posible ni la misma duda”.

4. Saber y opinar

Parménides, el más interesante, junto con Heráclito, de los filósofos llamados “presocráticos”, y cuya obra nos ha llegado en fragmentos, escribió en un poema: “ Pero es necesario que te informes de todo, tanto del intrépido corazón de la Verdad bien redonda, cuanto de las opiniones de los mortales, en las que no hay una fe [confianza] verdadera”. Afirma con toda claridad que se puede encontrar la verdad (su intrépido corazón bien redondo, sin grietas); pero aconseja también conocer las opiniones, aunque solo sea para calibrar mejor lo que es verdad.

No son muchos, en cualquier época, los que llegan a la completa verdad de las cosas, pero prácticamente todos tenemos opiniones de casi todo. Hoy el mundo mediático, tan extenso, está lleno de opiniones. No todas valen lo mismo. Hay opiniones excéntricas, curiosas, descabelladas, pero también

opiniones más o menos fundadas. ¿En qué? En alguna partícula de saber.

El mundo de las opiniones y su estadística, tal como se muestra en las por eso llamadas "encuestas de opinión" da una idea aproximada de la situación de ese magma que componen lo que se sabe, lo que se cree y lo que se espera. Con no poca frecuencia, esas opiniones expresadas no responden a un suficiente conocimiento de los hechos sino a un pulsión emocional.

Por influencia de pulsiones emocionales o pasionales, es frecuente que algunas opiniones sea prejuicios, que literalmente significa juzgar sobre algo sin contar con un mínimo de elementos suficientes para hacerlo o contando con unos datos que son falsos. El ejemplo quizá más claro y que se mantuvo históricamente durante siglos, si es que ha sido superado, es el prejuicio racista, la consideración de que algunas *razas* son inferiores a otras. La principal razón de que el prejuicio racista es falso es el falso concepto de raza. La igualdad biológica de todos los seres humanos es obvia, como la demuestra, entre otros hechos, que la reproducción inter-"racial" sea siempre posible. O la posibilidad del trasplante de órganos entre personas de diferentes "razas". El género humano tiene solo una especie, la humana. Por tanto, solo